

LLAMAS DE CAPUCHINA

Hay quien presume el llavero como si viniera de cazar perdices.

Limpiaba las gafas con fruición para poder enturbiar más su mirada concupiscente y libidinosa.

Si la nuez de aquel hombre era el bocado de Adán, habría que pensar en que aquél, más que de cosa de una manzana debió tratarse de un melón atragantado.

En el escaparate, los libros, abiertos por sus más bellas páginas, tentaban al lector con el mismo reclamo con que algunas mujeres nos muestran sus mejor delineadas reconditeces.

El hombre es la asintota de Dios.

Algunos balcones conservan unas bajas celosías que son la clausura de unos pudores ya en vía de amortización.

Las gafas oscuras suelen ser cómplices de hipócritas regodeos o de incurables timideces.

Se advertía la vejez de la ciudad porque afloraban a la sucia y rugosa piel de sus fachadas los resaltes duros de cables y conductores, como venas arterioescleróticas.

La luna es una Ofelia ahogada flotando en las profundas aguas de la noche.

Los que usamos gafas es como si quisiéramos proteger nuestros ojos averiados en un estuche de celofán.

Hay quien tiene tan pronta la mano para tomar notas en el calendario de mesa, que escribe todos los años un absurdo libro de trescientas sesenta y tantas páginas.

JOSÉ CANAL

Una estrella

¡Una estrella! ¡Una estrella! —En la infinita dureza de la noche, la distancia tiene sesgos de asombro: ¡El aire escancia cobres al rojo vivo en su marmita!—

Una estrella... Una estrella... Quien tal grita, ¿no subvierte la vida en su sustancia?

¡Por tal blasfemia, peste la abundancia, la risa seca y la oración maldita!

Igual que torbellino de venablos en incendio, el pavor de los establos se agiganta: ¡Piedad! ¡Libradnos de ella!, tal su aúllo. Al envés de la mañana, —toca, ¡estruja!, a gusano la campana—, sale una ciénaga a batir la estrella...

DESIDERIO MACIAS SILVA